



Muchas familias muestran preocupación por la formación religiosa de sus hijos y temen que su fe se debilite cuando se hagan mayores. Christian Smith sugiere en este artículo algunas ideas al respecto

Smith, sociólogo y profesor en la Universidad de Notre Dame, lleva más de veinte años estudiando la vida religiosa de las familias norteamericanas y quiere dar a conocer algunos de sus hallazgos. Los resultados completos de su trabajo se recogen en un libro titulado **Handing Down the Faith: How Parents Pass Their Religion on to the Next Generation**.

Cuanto más comprometidos con la fe son los padres, más desean que sus hijos crezcan creyendo y practicando la religión de la familia. Esto es especialmente cierto en el caso de los padres que son religiosamente tradicionalistas o conservadores. El deseo de transmitir la fe a la descendencia en un mundo que no parece apoyar ese objetivo puede ejercer una gran presión sobre los padres religiosos para que no “fracasen”.

La mayoría de los padres religiosos saben que el número de estadounidenses no religiosos ha aumentado en las últimas décadas, especialmente entre los jóvenes. Saben que su cultura valora la autodefinición autónoma, espera cierto grado de rebelión juvenil y ejerce fuerzas que consideran que socavan la religión. Todos los padres religiosos han oído historias sobre hijos de padres fieles que crecen descuidando o rechazando la religión. Eso puede ser desgarrador y la preocupación de que pueda suceder con los propios hijos puede ser una carga.

Después de pasar dos décadas estudiando la vida religiosa y espiritual de los adolescentes estadounidenses y adultos emergentes, me dediqué a estudiar la paternidad religiosa. Como sociólogo, busqué no escribir un libro de “cómo hacer”, sino comprender cómo los padres estadounidenses religiosos abordan la tarea de transmitir la religión a sus hijos. No obstante, mis años de estudio de la dinámica religiosa familiar intergeneracional han producido hallazgos claros que sugieren implicaciones para los padres interesados en la formación religiosa de sus hijos.

La buena noticia es que, entre todas las posibles influencias, los padres ejercen, y mucho, la mayor influencia en los resultados religiosos de sus hijos. Dicho de otro modo, la mala noticia es que casi toda la responsabilidad humana de la trayectoria religiosa de la vida de los niños recae sobre los hombros de sus padres. La evidencia empírica es clara. En casi todos los casos, ninguna otra institución o programa se acerca tanto a dar forma religiosa a los jóvenes como lo hacen sus padres: ni las congregaciones religiosas, los grupos de jóvenes, las escuelas religiosas, las misiones y el voluntariado, los campamentos de verano, la escuela dominical, los ministros jóvenes o cualquier otra cosa. Esas influencias pueden reforzar la influencia de los padres, pero casi nunca la superan o anulan. Lo que hace que cualquier otra influencia palidezca hasta convertirse en una insignificancia virtual es la importancia (o no) de las creencias y prácticas religiosas de los padres estadounidenses *en sus vidas ordinarias*, no solo en los días de fiesta, sino todos los días, durante semanas y años.

Los jóvenes estadounidenses que han crecido comprometidos con la religión casi siempre tuvieron padres muy comprometidos con la religión. En todo caso, la transmisión exitosa de la fe no está garantizada. Los resultados varían ampliamente. Los hijos eligen su propia vida. Pero dejando de lado los casos excepcionales, lo que está casi garantizado es que los padres estadounidenses que no están especialmente comprometidos, atentos e intencionados al transmitir su fe, criarán hijos menos religiosos que ellos, si es que son religiosos en realidad. Ese conocimiento puede preocupar a algunos padres, pero

también puede darles fuerza.

Entonces, ¿qué pueden hacer los padres religiosos comprometidos para aumentar sus posibilidades de criar hijos que, como adultos jóvenes, creen y practican alguna versión de su religión? La primera respuesta es simplemente *ser ellos mismos*: creer y practicar su propia religión, genuina y fielmente. Los hijos no se dejan engañar por las poses. Ven la realidad. Y cuando esa realidad es auténtica y vivificante, es posible que se sientan atraídos por algo similar.

Más allá del consejo de “hacer lo que se dice”, una serie de rasgos específicos tienden a influir religiosamente en los hijos. Éstos son algunos de los más importantes.

Estilo de crianza. Aunque se sabe que la influencia del estilo de crianza de los hijos varía un poco según la raza y la etnia, es cierto que los padres religiosos que crían con más éxito a sus hijos religiosos tienden a mostrar un estilo de crianza “autoritario”. Estos padres combinan dos rasgos cruciales. Primero, mantienen constantemente a sus hijos con expectativas, estándares y límites claros y exigentes en todas las áreas de la vida. En segundo lugar, se relacionan con sus hijos con abundante calidez, apoyo y cuidado expresivo. No es difícil ver por qué este estilo de crianza funciona mejor para criar hijos religiosos. La combinación de expectativas claras y calidez afectiva es poderosa en la formación del desarrollo de los hijos.

Tampoco es difícil ver por qué a las alternativas les va peor. Los padres que son estrictos y exigentes con sus hijos, pero que muestran poca calidez o apoyo emocional, adoptan un estilo de crianza “autoritario”. Brindan a sus hijos pocas oportunidades de vinculación, compromiso e identificación y, por tanto, les dificulta identificarse con las preocupaciones de sus padres. Los padres que son todo afecto y empatía pero que ponen a sus hijos pocos límites y modelos muestran un estilo de crianza “permisivo”, lo que les indica a sus hijos que no importa mucho lo que hagan, incluso en lo que respecta a la religión. Y los padres que no dan a sus hijos calidez afectiva ni expectativas claras muestran un estilo de crianza “pasivo”, que también proporciona pocas bases para transmitir la religión.

En resumen, los hijos estadounidenses son más propensos a abrazar la religión de sus padres cuando disfrutan de una relación con ellos que expresa tanto una clara autoridad parental como una calidez afectiva. Estos hijos saben que sus padres les exigen altos estándares precisamente porque los aman. También saben que cuando no cumplen con esos modelos habrá consecuencias, pero esas consecuencias nunca incluirán la retirada del amor y el apoyo. Los otros tres estilos de

crianza no transmiten estos mensajes con tanta claridad, y las consecuencias de transmitir la religión son empíricamente evidentes. No funcionan tan bien.

Acostumbrase a hablar de religión. Un segundo rasgo de los padres que transmiten con éxito la fe y la práctica religiosa a sus hijos es que, como parte normal de la vida familiar *durante la semana*, hablan con sus hijos sobre cosas religiosas: lo que creen y practican, lo que significa e implica y por qué les importa. En esas familias, la religión es parte de la urdimbre de la vida cotidiana. Viene y va hablando con facilidad. No está compartimentada en determinadas franjas horarias de la semana, ni es un tema inusual o incómodo. Es parte de “quiénes somos y qué nos importa”. Esto no significa que esas familias hablen todo el tiempo de religión. Pero sí les enseña a los hijos que la religión es importante y que es lo suficientemente relevante para el resto de la vida como para que surja normalmente en las conversaciones ordinarias sobre cualquier tipo de temas.

Una vez más, se trata de que los padres y las familias sean auténticamente lo que son, y no sermoneen de repente. Entonces, a la altura de la importancia de la fe religiosa personal de los padres y la coherencia de su práctica religiosa está esta variable: cuánto se habla de religión en casa durante la semana. Los hijos que más tarde en la vida practican alguna forma de religión de sus padres dicen que la religión fue tema frecuente de diálogo en el hogar durante su juventud. Y los que dicen que la religión rara vez o nunca se trató es mucho menos probable que sean muy religiosos más adelante.

Los padres también tienen más probabilidades de lograr transmitir la religión a sus hijos si les permiten explorar y expresar sus propias ideas y sentimientos en su vida, pero sin dejar que las discusiones se conviertan en relativistas “sálvese quien pueda”. Esto significa otorgar libertad para considerar dudas, complicaciones y alternativas sin temor a la condena, *combinado* con la participación seria de los padres con sus hijos y expresarles sus propias creencias, razones y esperanzas. Los padres que dan con el martillo cualquier cosa que se considere inaceptable o transmitan consuelo con “lo que sea” tendrán menos éxito.

Canales para la internalización. Dije anteriormente que las influencias ajenas a los padres (congregaciones, grupos de jóvenes, escuelas religiosas, etc.) palidecen en comparación con la influencia de los padres. Eso no significa que estos otros factores sean irrelevantes. Pueden marcar una diferencia en la formación religiosa de los jóvenes, pero normalmente lo hacen porque los padres comprometidos con la religión lo “arreglan”.

Los sociólogos de la religión llaman a esto “canalización” religiosa. La idea es que los padres canalicen a sus hijos hacia participaciones y relaciones que refuercen (no reemplacen) su influencia paterna más directa. Canalizar significa empujar, presentar y guiar sutilmente a los niños en las direcciones religiosas “correctas”. La buena canalización tiene un propósito e incluso es estratégica, pero no es controladora ni dominante. Crea oportunidades, hace presentaciones y fomenta la participación. No coacciona ni soborna a los hijos hacia la religión.

El objetivo de la canalización religiosa es que los hijos personalicen e interioricen su fe e identidad religiosa a lo largo del tiempo. Cuando la canalización es eficaz, los hijos, a medida que se acercan a la edad adulta independiente, se consideran a sí mismos más como personas que creen y practican su propia fe, que como niños que siguen a sus padres. La canalización ofrece en la vida de los niños una variedad de influencias que ayudarán a que suceda esa transición.

La investigación sugiere que entre las más importantes de estas influencias de canalización se encuentra la presencia de adultos no familiares en las congregaciones religiosas que conocen bien a los niños y pueden involucrarlos en conversaciones sobre temas serios, más allá de una charla superficial. Cuantos más adultos estén presentes, más se sentirá una iglesia, templo, sinagoga o mezquita como una comunidad o una familia extensa, que es en sí misma una fuerte fuerza de unión. Los padres que canalizan eficazmente saben cómo fomentar el desarrollo de tales relaciones congregacionales para sus hijos.

Los padres religiosos pueden canalizar a sus hijos de otras formas eficaces. Una forma es abogar por inversiones congregacionales en grupos de jóvenes de calidad y ministros jóvenes, y luego fomentar la participación de los niños en ellos. Otra es prestar atención a quiénes son los amigos de sus hijos y fomentar amistades más cercanas con aquellos cuya influencia parece más positiva. Los padres pueden involucrar a sus familias en retiros religiosos, proyectos asistenciales y otras actividades que los niños pueden encontrar divertidos y donde pueden construir relaciones. Dependiendo de la familia y las circunstancias, exponer a los niños a las formas adecuadas de medios religiosos, campamentos de verano y educación religiosa puede agregar “capas” adicionales de contactos, experiencias y modelos religiosos, lo que aumenta las posibilidades que la fe y la práctica religiosas “tomarán” de una manera personal e interiorizada. Independientemente de cómo se canalice, el propósito es facilitar, no coaccionar, las conexiones religiosas, las redes y el crecimiento.

Aquí es importante enmarcar la formación religiosa como una serie de pasos hacia la práctica adulta, no como requisitos para la

“graduación” religiosa. Los ritos de iniciación religiosos, como la Confirmación y los *bar y bat mitzvah*, pueden ser experiencias formativas importantes. Pero también pueden llegar a ser vistos como obligaciones que los niños necesitan para “salir del paso” y apaciguar a los padres. Es importante, aunque a menudo difícil, evitar esta perspectiva. Porque cuando las participaciones religiosas se definen como requisitos para la graduación, facilitan involuntariamente la salida religiosa.

Aceptar las realidades descritas anteriormente puede resultar difícil para muchos padres. Para algunos, la responsabilidad parece abrumadora. Otros temen que si se esfuerzan demasiado por socializar religiosamente a sus hijos, provoquen la rebelión. Otros se ven afectados por complicaciones como cónyuges que no los apoyan, enfermedades mentales en la familia, divorcio y otros factores que escapan a su control. Y aún otros padres abrazan la tarea con tanta seriedad que se sienten abrumados por la duda y la culpa cuando sus hijos no salen como se esperaba o planeaban.

Cabe recordar que nada de este proceso está garantizado. La vida es complicada y los hijos son finalmente los agentes de su propio desarrollo. Los padres tienen una gran influencia religiosa en sus hijos, pero esa influencia nunca es completa, controladora o infalible. Lo que los padres pueden hacer -en realidad, todo lo que pueden hacer- es practicar en sus propias vidas la fe que esperan que sus hijos abracen; forjar relaciones cálidas y autorizadas con sus hijos; ser consciente y tener la intención de guiar a los hijos hacia relaciones y actividades que puedan ayudar a personalizar la religión internamente; y luego rezar y esperar que las fuerzas divinas en las que creen conducirán a sus hijos a una vida de verdad, bondad y belleza.

Christian Smith

Fuente: firstthings.com

Traducción de **Luis Montoya**